



Ha finado el año de gracia de 1916, año sangriento, pero fecundo. O más bien fecundo por sangriento, ya que si la lluvia fecunda los campos, la sangre fecunda los espíritus. Dios mismo, según la creencia cristiana, no supo idear otra cosa para redimir de su pecado—pecado de soberbia—al hombre, que hacerse hombre y dar su sangre por sus hermanos en humanidad. Así vino a fundar el reino de Dios en la Tierra, reino que no es de este mundo de Césares acuñadores de moneda, a los que hay que dar lo suyo: el tributo de moneda reservando a Dios lo que es de Dios (Luc. XX, 25). Divino precepto que nuestro Calderón tradujo al modo civil haciendo que su Pedro Crespo, el de «El Alcalde de Zalamea», dijese:

Al rey, la hacienda y la vida—se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma—, y el alma sólo es de Dios.

y el alma es la conciencia civil, madre de la verdad, que es la justicia.

Ha finado el año de gracia de 1916, y a su finar, por Navidades, como al finar todos los años, la Iglesia ha recordado aquellas palabras del ejército de los ángeles desde el cielo que cubría el pesebre de Belén: «¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz!» (Luc. II, 14.) Y un catedrático de Derecho político, presidente de la más poderosa y rica república de la Tierra, sintiéndose acaso también ángel del Señor, ha redactado por Navidades una nota, y no desde el cielo, diciendo: «¡En la tierra, paz!»

Así dijo el divino Maestro a sus discípulos: «En cualquier casa donde entréis primeramente decid: ¡Paz sea a esta casa!» (Luc. X, 5); mas les dijo también que si en alguna ciudad donde entraren no les recibieran la maldijesen con las maldiciones que a Corazón y a Betsaida, y que a Cafaznaum, la que fué levantada hasta los cielos para ser al cabo abajada hasta los infiernos (X, 15). Y este mismo divino Maestro que mandaba saludar con paz a la casa en que se nos recibiere como a huéspedes y como a iguales, dijo también así: «¿Pensáis que he venido a la tierra a dar paz? No; os lo digo, sino disensión. Porque estarán de aquí en adelante cinco en una casa divididos; tres contra dos y dos contra tres. El padre estará dividido contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra.» (Luc. XII, 51-53.) Y antes (49): «Fuego vine a meter en la tierra, y qué quiero, si ya está encendido.» Por donde vemos que Quien nos mandó pagar el tributo de la moneda al que la acuña, a la autoridad de hecho, tal vez por fuerza de la fuerza y la sinrazón de las armas como lo era el César en Judea, y someternos a las potestades que son según interpretó el Apóstol (Rom. XIII, 1), ese Mismo nos dijo

que venía a traer la guerra civil, la discordia intestina de las familias y las naciones, al mundo. Y es que sólo con la guerra civil se llega a la paz civil, o más bien no cabe gozar de esta paz civil, que es la justicia, sino en el seno de la guerra civil, de la lucha política, de la verdadera lucha política, no de la fingida, no de la de escenario. Y es preciso que esté el hijo contra el padre y el yerno contra el suegro, en vez de estar a que aquel le coloque y le dé un empleo. ¡Desgraciada la ciudad en que la generación joven, la de los hijos y los yernos, se somete a la vieja, a la egoísta, a la conservadora, a la de los padres y los suegros, y aguarda su manutención y su prestigio de ella!

Fuego vino el Cristo a meter en la tierra, y en este año cristiano que acaba de finar, el de 1916, el cristianismo, la civilización cristiana ha calentado al mundo al fuego purificador de tal guerra. Porque Dios, que es quien piensa la historia—la historia es el pensamiento de Dios en el mundo—ha llevado a la guerra a unos y otros beligerantes, induciéndoles a ello con

unos u otros intereses o ideales, para renovar la concepción y el sentimiento cristiano de la vida, para curarles de la frivolidad y del egoísmo. Y si es frivolidad y egoísmo no pensar sino en el bienestar material, en el lujo y el juego y el deporte, frivolidad y egoísmo es también pensar en la hegemonía del mundo y buscar la sumisión espiritual de los pueblos. Y acaso la más grande inferioridad moral de un hombre o de un pueblo es creerse—o acaso fingir creerse—superior a los otros hombres o pueblos. En esto estamos bien los españoles, ya que la fuerza de la providencia nos ha hecho curarnos de la arrogancia de nuestros abuelos de hace cuatro siglos.

Fuego vino el Cristo a meter en la tierra; mas nuestra España, ya que libre de la galerna de fuego de la guerra—aunque nos cojan, a modo de salpicaduras, no pocas chispas de soslayo, y el abogo que trae al ámbito el enrarecimiento del aire por semejante fogarata—nuestra España no parece que se encienda lo debido. De morir civilmente, moriremos arrecidos por la helada, y no achicharrados por el fuego. Y ello a pesar del sol. De ese sol al que se invocaba hace sesenta años en Castilla, diciendo: «¡Agua, sol y guerra en Sebastopol!» Porque fué entonces, antaño, un negocio para la agricultura castellana la guerra de Crimea. ¡Triste negocio! Triste como todos los que no son más que negocios.

¿Y hogaño? Hogaño también ha sido y es en España para muchos un negocio la guerra europea. En Bilbao, entre otras poblaciones españolas, ha entrado merced a ella un río de oro con reflejos de tormenta de fuego, y hay allí quien, merced a la guerra, ha





Hegado a los cien millones de pesetas de fortuna. Pero ¿esta riqueza se quedará en fortuna de negocio o servirá para calentar a esta patria arrecida y encender en ella el sagrado fuego de las luchas civiles y curarnos de la frivolidad?

Más de una vez, al hablarse del fin de esta cruentísima y fogosísima contienda, ha habido quienes pensaron que las conferencias de la paz se celebrasen en España, y lo pensaban con regocijo, mas no por creer que la sugestión del ámbito español pudiese influir en los ánimos de los negociadores de la paz moviéndoles a moderación, a humildad y a justicia, sino por esperar de ello festejos y fiestas, y turistas y deportes, y acaso alguna corrida de toros con caballeros en plaza. A la hora del idilio—que es como le llama a lo de tratar la paz el más cursi y el más huero de nuestros prohombres políticos—esperaban que nos divertiríamos y divertiríamos a los otros negociando la diversión. Y que acaso en honor a los forasteros empeñados en tan árdua tarea acalláramos el griterío—y no mas que griterío—de nuestras benditas discordias civiles que, gracias a la guerra, empezaba a levantarse de nuevo.

Este año de gracia de 1916 ha acabado tristemente para España, y no sólo por la carestía de las subsistencias y la intranquilidad general respecto al porvenir, sino porque sigue la helada espiritual, sigue la enorme frivolidad, que tiene su escenario más que en otra parte en los centros en que menos debía tenerlo. Unos prohombres—que no hombres—chicos, preocupándose de cosas chicas y atentos más que a otra cosa a echarse unos a otros zancadillas.

Y si del orden político se pasa al literario y al cultural, lo mismo: frialdad, frialdad, frialdad, es decir: frivolidad, frivolidad, frivolidad. En el campo dramaturgico, pongamos por caso, apenas se representa drama alguno que valga los que se vive. Junto a los crímenes pasionales, que de vez en cuando nos revelan a que descarríos van los espíritus que no encuentran en la casa pública civil adecuado pábulo para el fuego que los consume—pues no nos cabe duda al-

guna de que una gran conmoción de civilidad, de que el planteamiento de uno de los grandes problemas políticos que se esquivan nos ahorraría no pocos crímenes privados—junto a eso ¿qué vale todo lo que inventan nuestros ingenios proveedores de alimento imaginativo para nuestra mezquina clase media? Así se explica que mientras la tragedia está reforjando el alma de la cristiandad europea, nos entretengamos aquí con sandias astracadas que ni chiste alguno de verdad tienen. Porque ¿hay, en efecto, cosa más triste que el actual gracejo español?

Podría uno decir: «dime de qué se ríe y te diré lo que vale.» Y es terrible ver de qué cosas se suele reír nuestro pueblo. El que escribe estos comentarios rehuye el asistir a los teatros cuando se da una de esas piezas que dicen llena de gracia y de chistes, y lo rehuye por evitar el indignarse de la estupidez pública al ver cómo necesita que le hagan cosquillas para reírse y cuán incapaz es de gustar lo verdadero cómico, lo hondamente cómico, lo cómico del pensamiento. La risa de nuestro público, arrecido por la frivolidad ambiente, no es una risa olímpica como aquella con que Júpiter hacía retemblar a Grecia—a la antigua, ¿eh?, no a la de hoy—, sino una risa sardónica que se le arranca con hierba sardonia o con un comistrajo cualquiera. Y es claro, como no sabe reír no sabe tampoco llorar. Los únicos que aquí saben llorar son los pordioseros, y para eso lloran de mentirijillas. Pero ahora que dicen que se está poniendo de moda el optimismo, como si fuese un nuevo modelo de chaleco, eso de llorar no sienta bien.

Ha entrado el año de gracia de 1917 y es casi seguro que nos traerá, de un modo o de otro, la paz. Que sea justa y duradera es lo que todos los cristianos de buena voluntad y no cegados por la soberbia deseamos. Pero esa paz planteará a los pueblos, por la guerra pacificados, tremendos problemas que pondrán a los hijos frente a los padres y a los padres frente a los hijos. Estos pedirán cuentas a aquéllos, y aquéllos, los padres, dirán lo que han hecho, y cómo y por qué.

¿Y aquí? Aquí es muy de temer que nadie pida cuenta de nada a nadie, y que los hijos sigan esperando que sus padres les busquen una heredera o un destinillo, y que continúen haciendo como que nos dirigen esos hombres de alma decrepita, viejos de espíritu, con viejas marrullerías, cansados y fríos de corazón.

Una helada terrible cae sobre el mantillo de tierra española que abriga las cenizas de los corazones que se quemaron de esperar en el desierto de los espíritus.

Miguel de Unamuno.

